

CONSULTACIONES DE ZAQUEO Y APOLONIO

Introducción¹

Cuadernos Monásticos tiene el gusto de presentar entre sus *Fuentes* patrísticas este texto que constituye un documento fundamental para el conocimiento del cristianismo de fines del siglo IV y comienzos del V, años en los que vivieron grandes Padres de la Iglesia como un san Martín de Tours, Agustín, Jerónimo, y tantos otros que marcaron para siempre el pensamiento de la Iglesia hasta el día de hoy.

Las *Consultaciones* son también una fuente única para conocer costumbres paganas y la situación de una sociedad que vivía las invasiones de pueblos de oriente como un anuncio del fin del mundo; es más, muchos de ellos, como el autor anónimo de esta obra, pensaban que el anticristo ya había nacido y esperaba para manifestarse al mundo.

Finalmente las *Consultaciones* son un testimonio único para tomar noticia de la vida monástica, la reacción de los paganos contra ella, y su lugar en la gran Iglesia, tal como es presentada en el Libro III.

Toda esta riqueza de la obra que presentamos, sin embargo, está envuelta en un cierto desconocimiento, fruto de las grandes dificultades que presenta para identificar a su autor y también el medio en el que vive y que describe. Por otra parte, el latín del texto reviste una complejidad que desalienta a quien se acerca esperando un estilo más homilético o un lenguaje simplemente coloquial. Es por ello que la traducción que presentamos, basada en el texto crítico de Feiertag, es fruto de un esfuerzo concienzudo de especialistas reconocidos.

¹ Introducción y notas del P. Fernando Rivas, osb.



Autor, fecha, lugar²

A lo largo del siglo XX los trabajos de investigación han querido dilucidar quién es el autor de esta obra, proponiendo distintos personajes. G. Morin ha sugerido a Fírmico Materno. La hipótesis fue acogida con favor por parte de la crítica, pero fue rechazada justificadamente por el estudio filológico de Axelson. Según P. Courcelle la obra parece depender de las cartas 132 y 137 de San Agustín. Es ciertamente anterior al siglo VI, pues es citada por Eugenio, obispo de Cartago desde el 483. También se sospechó de algún autor del círculo de Martín de Tours y Sulpicio Severo, en Galia. Pero, hasta el día de hoy, no se ha alcanzado un acuerdo ni una aproximación que satisfaga razonablemente.

Sin embargo, los intentos infructuosos por identificar al autor han permitido ubicar mejor la fecha y el lugar de su redacción. En efecto, se trataría de los años 405-410, en el norte de África. Diversos indicios permiten hacer esta afirmación: por un lado la preocupación por la divinidad del Espíritu Santo (Libro II, 14), que recién entra en el mundo latino, como polémica, a partir de los años 370-380; el tema de la adoración de las imágenes del emperador por los cristianos (Libro I, 28); los argumentos del autor para presentar la humanidad y divinidad de Cristo, tomados de circunstancias recientes de la vida (Libro I, 21); y, finalmente, signos escatológicos que llevan al autor a pensar que se está ante el inminente fin de los tiempos (Libro III, 8, 8-9), ante todo por los signos de canibalismo en la misma ciudad de Roma, provocados por la hambruna del sitio de la ciudad por el godo Alarico y testimoniados por numerosos documentos de la época.

En cuanto al lugar de redacción, los datos más significativos los daría la descripción de un tipo de vida monástica que el autor conoce y defiende. A ello se unen las críticas que testimonia el escrito contra la institución monástica, que son características de los años 380 y que llevan incluso a un edicto imperial pidiendo su alejamiento de las ciudades, aunque inmediatamente revocado. Más allá de ello, la ubicación de África del norte (Vogüé) no es totalmente aceptada, debido al interés que presenta el autor por los novacianos en un lugar y un tiempo en que el donatismo cubría todo el interés de las polémicas africanas.

Un dato que ayuda, hasta cierto punto, es la referencia a los lienzos que cubrieron al Señor y su marcha por la tierra Palestina. Esto haría acercar al autor de nuestra obra a Jerónimo y Melania y sus grupos

² Seguimos el último estudio de FEIERTAG, J. L., *Les Consultationes Zacchaei et Apollonii*, Fribourg 1990.

monásticos en torno a Jerusalén en la misma fecha de que estamos hablando (400-420), y que dan testimonio de todo ello.

Sin embargo otro indicio importante aleja al autor de Roma y Palestina: es su convicción de la inminente venida del anticristo. Es más, éste ya habría nacido y esperaría un poco para su manifestación al mundo (Libro III, 8, 12-13). Esta convicción es propia de los grupos monásticos de San Martín y su biógrafo, Sulpicio, en los que se asocian las invasiones bárbaras en Galia (406-407) –es decir, la caída del Imperio– con el fin de los tiempos. Sin embargo esta inminencia de la venida de Elías (Libro III, 8-12) no está tan marcada en Jerónimo o Agustín, que viven los mismos acontecimientos en regiones distintas y en estrecha relación con círculos monásticos. De este modo quedamos nuevamente en una incertidumbre pero con parámetros más acotados: el mundo de los cristianos nobles latinos, representados por los grupos de Jerónimo y Martín en Galia.

Las fuentes utilizadas por el autor

Otro elemento que hubiese hecho más fácil la identificación del autor y del lugar es el uso de las fuentes. Sin embargo, como él mismo dice, no quiere ser un repetidor ni uno que plagia los escritos de otros que le precedieron (Libro I, Pref.; Libro II, 1, 8). Por eso, si bien está dispuesto a usarlos, sin embargo lo hace de un modo tal que los refunde totalmente con su propio pensamiento, no dejando lugar para la posible identificación. Esto muestra también la riqueza del autor y su capacidad, que le da un estilo propio.

Por otra parte el autor asume el estilo apologético y por eso se encuentran referencias doctrinales a otros escritos de este origen (Tertuliano, Cipriano, Lactancio), que tratan temas clásicos de este género literario, como el politeísmo y la demonología, unido a la crítica de las costumbres del paganismo.

El Libro I y su ubicación en el plan de la obra completa

Cada Libro está precedido por un Prefacio que lo resume entero. El Libro I dedica sus primeros catorce capítulos a Cristo; y Apolonio, pagano, le opone los argumentos tomados de la “razón humana” y “la ley natural”, que hacen imposible pensar en una “encarnación” de Dios. Luego siguen los capítulos 15-21, en los que Zaqueo se refiere al pecado del hombre, de Adán, y su historia desde el paraíso hasta los castigos que ha acarreado en el mundo, con una referencia continua a las Escrituras

tomadas en su sentido literal, histórico, más allá de toda inspiración. Sobre esta base Zaqueo presenta la venida de Cristo como el Salvador. Los capítulos 22-26 hacen referencia al juicio, a la demonología y sus engaños (astrología), así como al sufrimiento de los justos. En la primera sección del Libro I es donde debe buscarse la cristología de la obra.

El capítulo 37 es una gran exposición sobre la “ley cristiana”, tal como lo habían hecho Tertuliano y Lactancio, como fuente de conocimiento verdadero, del amor y del temor de Dios, y las buenas obras que de ellos se derivan.

En el capítulo final, 38, Apolonio hace una confesión de fe cristiana, abjurando del error y resumiendo lo esencial de todo lo que se ha dicho hasta ahora en este Libro I. A partir de allí el Libro II continuará más como un diálogo entre Zaqueo y Apolonio, saliendo del marco de la discusión apologética.

Apolonio, ya convertido, avanza por la senda de la doctrina cristiana. En el Libro III “el autor expone, con claridad y fervor, pero también con moderación, la doctrina, que será clásica, sobre los dos grados de la vida cristiana, la vida ordinaria de los *humiliores*, y la vida perfecta que persigue la profesión monástica, descrita y, aun más, recomendada calurosamente por el autor, que la defiende contra los ataques de algunos cristianos. Admite que, por desgracia, no siempre los monjes se muestran fieles al ideal, mas celebra, en todo caso, la elección de este estado con entusiasmo incondicional. En la vida monástica distingue tres grados: los que se limitan a la continencia, que observan viviendo en el mundo y ocupándose de sus menesteres como los demás; los que viven en comunidad, ejercitándose en la vida ascética y cantando las alabanzas divinas, y, en fin, los que se retiran al desierto para conducir vida solitaria dedicada enteramente a la oración y a luchar con el demonio. Con esta ocasión, el autor entona una apología del canto de los *Salmos*. La obra ofrece una rica documentación, no suficientemente explotada por los historiadores, sobre el monacato occidental de la primera mitad del siglo V”³.

Bibliografía

AXELSON, B., *Ein drittes Werk des Firmicus Maternus*, en *Bulletin de l'Academie des Lettres* 4 (Lund 1937), 107-132.

CAVALLERA, F., *Un exposé sur la vie spirituelle et monastique au IVe siècle*, en *Revue d'ascétique et mystique* 16 (1935), 132-146; *Id.*

- “*Consultationes Zacchaei et Apollonii*” en *Dictionnaire de Spiritualité* 11 (1953), 1641-1645.
- COLOMBÁS, G. M., *Sobre el autor de las Consultationes Zacchaei et Apollonii*, en *Studia Monástica* 14 (1972), 7-14.
- COURCELLE, P., *Histoire littéraire des grandes invasions germaniques*, Paris 1964, 261-275; *Id. Date, source et genèse des Consultationes Zacchaei et Apollonii*, en *Revue de l'histoire des religions*, 146 (1954), 174-193.
- FEIERTAG, J. L., *Les Consutationes Zacchaei et Apollonii. Etude d'histoire et de sotériologie*, Fribourg 1990.
- FEIERTAG, J. L., *Questions d'un païen à un chrétien (Consultationes Zacchaei christiani et Apollonii philosophi)*, *Sources Chrétiennes* 401-402, Paris 1994.
- VOGÜÉ, A. de, *Consultationes Zacchaei et Apollonii*, en *Dizionario degli Istituti di perfezione*, t. 2, 1695-1696.

TEXTO

CONSULTACIONES DE ZAQUEO Y APOLONIO
Diálogo entre un pagano y un cristiano⁴

LIBRO I
 (Caps. 1-21)

Prefacio

Para algunos parece que la oposición de los paganos, porque está desprovista y vacía de toda sabiduría verdadera, debe ser más menospreciada que refutada, dado que en esa oposición hay una aversión estéril. En cambio, en la instrucción hay dos beneficios: que nuestra religión, tal cual es, santa y simple, puede ser inculcada a todos, y que los que recibieron esta enseñanza suelen creer aquello que cuando lo ignoraban, menospreciaron. Por eso nos ha parecido bien escribir una gran obra aunque con estilo sencillo, y explicar los temas que muchos trataron claramente pero de manera dispersa, en un conjunto coherente de nuestra creencia, introduciendo dos interlocutores, uno que pregunta y otro que responde, proponiendo sucesivamente las consultas sobre los temas controvertidos. Y para que la gentilidad no se queje de ser juzgada de antemano como si estuviera ausente, y según dijo aquel escritor, no se interponga con demasiada frecuencia *yo digo* y *él dice*, nos pareció bien acudir a un filósofo del paganismo. Éste, al comenzar su propuesta, expondrá brevemente qué es lo que debemos creer, lo que no hará sin cuestionar nuestra creencia con cierta arrogancia. Después, indagando todo punto por punto, al haber más motivos de cuestionamiento, reconocerá que el hombre no tiene destino. Y mostrándose reticente en esta cuestión durante cierto tiempo, principalmente debido a la astrología, como en otras cosas, se declarará finalmente vencido delante de la fe. En cambio, el nuestro, procediendo gradual y progresivamente en la exposición de nuestra venerada religión, entre muchas e inefables cuestiones, tocará unas pocas y las más importantes, demostrando que la razón (la única buscada en esta clase de disputas, aunque alguna vez falta en las mentes terrenas) está unida a la fe de manera espiritual. Asimismo nuestro expositor se detendrá en los indicios

⁴ Traducción de Ana MALLEA y Marta DANERI-REBOK, para *Cuadernos Monásticos*, Buenos Aires, 2010. Texto crítico tomado de la edición de FEIERTAG, Jean Louis, *Questions d'un païen à un chrétien (Consultationes Zacchei christiani et Apollonii philosophi)*, Sources Chrétiennes 401-402, Paris 1994. (Será citado como CZA, vol. y n° de página).

de las cosas, no en su materialidad –*soliditas*– porque la luz que llega a los ojos enceguecidos, si no es distinguida por su esplendor, al menos es sentida por su calor.

1. *Si Cristo puede ser Dios y hombre*

Apolonio: Zaqueo, la oportunidad te ha acercado a mí y a los aquí presentes en un buen momento, para que ahora nos sea permitido hablar libremente y comprobar aquellos temas que hemos tocado en otra ocasión de manera impropia. En efecto, si indagas con atención, entenderás fácilmente que todas las sectas religiosas y la totalidad de los ritos sagrados fluyen de razones primordiales. Pero la secta de vuestra creencia es tan superflua e irrazonable que para mí no puede ser aceptada sino por necesidad. Pues ¿qué hay más absurdo y discrepa más con la razón humana que creer que Cristo, al que llamáis Hijo de Dios, sea por igual Dios y hombre; que una virgen lo haya parido después de concebirlo sin semen alguno; que Dios nazca de una mujer; que después, llegado a cierta edad conozca, sienta, padezca y tolere hasta el final la humillación de una vida terrena; que luego afronte la muerte clavado en una cruz, y por último, que resucite por sí mismo después de muerto? Y no es suficiente para los fundadores de esta convicción agregar consenso a tan necia enseñanza sino que también condenan a los dioses inmortales de los paganos con desdeñosa hostilidad; más aún, desprecian la fuerza del mundo, en su eternidad, como si fuera temporal y pasajera, prometiéndose a sí mismos la felicidad de la inmortalidad después de la resurrección de los cuerpos de los muertos tras pasar la vida sin el influjo de destino alguno. Ahora bien, si puede llamarse razón a la necia persuasión de los hombres, demuestra para examen de los aquí presentes la razón de esta observancia, si puedes o te atreves de manera que, o convencido, te alejes de tu error, o después de haberme superado en la misma condición, me vincules a tu enseñanza por el testimonio de tu opinión.

Zaqueo: Cualquiera podría fácilmente escuchar y expresar la verdad acerca de Dios si pudiera, al menos, extraer de las cosas divinas algo congruente con vuestra sabiduría, que no repugne a esta justicia. Según vuestra posición el sabio nada opina ni cree, no se equivoca, conoce todas las cosas por sí mismo, no sufre si algo permanece escondido o ignorado, ni da más poder al creador que a la creatura, juzga igual a la inteligencia de Dios y a la del hombre, y mantiene esta intención de disputa principalmente contra los cristianos. De allí que tu argumentación comienza también por condenar primero y querer conocer después.

2. *Cómo el mismo Cristo es Hijo de Dios*

Apolonio: La ligereza de vuestra creencia y el testimonio recibido en contra de la razón de todo el mundo y de la ley de la naturaleza me obligan a hablar con mayor vehemencia y a exponer más rigurosamente. Sin embargo, si tienes confianza en tu respuesta, explícame primero este punto de tu fe: cómo queréis considerar a Cristo —a quien luego no negáis como hombre— Dios o Hijo de Dios, cuando ciertamente debe ser llamado o Dios u hombre, porque es evidente para la comprensión de todos que puede llegar a ser uno de los dos, pero no puede ser uno y otro al mismo tiempo.

Zaqueo: La sutileza de vuestras argucias consiste en destruir aquello que no queréis que se crea, después de haber aceptado en primer lugar una parte y ceder en puntos menores, a fin de arruinar la totalidad. Por eso lo que os corresponde sobre todo es el silencio, pues aunque no denunciar sea una falta más leve que ofender, vosotros no queréis creer en Dios y no podéis hablar de él sin injurarlo.

3. *Esta contienda no ocurre sin motivo*

Apolonio: Creo que confrontar estas cuestiones siempre es útil a los que dudan y, como hombre de experiencia, sostengo que a la fuente de la verdad se llega por ciertos caminos abiertos a través de las indagaciones y para eso están las doctrinas de todas las sectas, para que escuchándolas comprendas lo que antes no sabías. En efecto, si la razón brinda su apoyo, es más fácil que las cosas escuchadas puedan ser creídas, antes que las cosas no escuchadas puedan ser conocidas⁵. Por eso, si vale la pena, expón tus propuestas detalladamente, no sea que nuestras disputas caigan en el vacío y los presentes se llenen no de la comprensión esperada sino de tedio.

Zaqueo: Es claramente conveniente conocer los misterios de los designios celestiales: la verdad de la divinidad de Cristo es tan simple y clara por sí misma, que aunque nadie pueda hablar dignamente de ella, cualquiera puede sin embargo entenderla fácilmente, si está dispuesto a creer. Porque en este tema yo, que soy el menor de los cristianos, no callaré a no ser que por medio de una ley⁶ se me prescriba evitar las ocasiones

⁵ Cf. *Rm* 10,14.

⁶ Cf. 2 *Tm* 2,14; 2,23.

de tales altercados. En efecto, cuando no se puede avanzar más, el debate se cierra. En consecuencia, si no estás dispuesto a creer y sólo te esfuerzas en disputar y en ser convencido sin riesgos, busca a los epicúreos, a los platónicos y a otros portentos de sectas similares. *Nosotros no tenemos tal costumbre (1 Co 11,16)*.

4. Si los poetas dicen algo de Cristo

Apolonio: Deja de lado estas cuestiones, sin apartarte para nada de la condición propuesta: que una de las partes siga a aquél que al final prevalecerá ante los que escuchan. Y porque en verdad, como tú mismo dices, nadie considera con justicia que hablar a favor de la religión sea gravoso, tú que dirás todas las cosas parte por parte, dame primero una explicación clara sobre Cristo, a fin de que, si puedes probar que es Dios o Hijo de Dios, yo asienta con más facilidad a las demás cosas concernientes a lo hecho por él o que él va a hacer. Y no me lamentaré de creer libremente aquello a lo cual los dioses no podrán oponerse.

Zaqueo: Y yo creo que tú puedes apartarte fácilmente del error del paganismo por medio de aquél que puede suscitar seguidores aun de las piedras, siempre y cuando, abandonada la arrogancia de la falsa sabiduría, no niegues en tu corazón⁷, una vez reconocido por los hechos, a aquél cuya majestad o desdeñas a conciencia o ignorándola la buscas. He aquí que tus dioses escucharán al que habla unido de la fe de Cristo y no se opondrán. Empero me sorprende que tú, que pones por delante el ejemplo de todo saber, busques dudando si Cristo es Dios o Hijo de Dios, tú, que no ignoras que aun las obras de vuestros autores testimonian su divinidad y manifiestan la cruz de la que os burláis. Entretanto te mostraré ahora dos ejemplos de lo que digo. En efecto, Platón, al que presentáis como el más instruido y el más sabio, cuando hablaba de la majestad de Cristo que habría de revelarse, también hizo conocer su signo por aquellas palabras que hablaban de un dios futuro, cuyo signo es redondeado y decusado, es decir, dispuesto en forma de cruz. Del mismo modo los cantos adivinatorios de la Sibila han hecho resonar, como decís, el carácter propio de su santo nombre junto con la dignidad de su naturaleza. La misma Sibila se refirió en un verso a Dios y a la cruz, a la que vosotros refutáis con múltiples controversias y propuso así el poema citado: *Feliz aquel dios que pende de un alto madero.*

⁷ Cf. Mt 3,9.

Observa, aunque con palabras diferentes, la clara confesión tanto de Platón como de la Sibila. El término *aquél* designa al que habrá de venir, porque sentía que debía manifestarse en el hombre. Ésta lo llama *feliz* porque prevé el poder divino en la flaqueza del hombre y la victoria en la muerte del mismo. Sin embargo, no conviene seguirlos porque alguna vez les haya sido permitido, como a través de un sueño, hacer referencia a la verdadera sabiduría, ni porque el paganismo hubiera merecido de Dios la presciencia, sino porque fue permitido a los gentiles que incluso vuestros autores hablaran de Cristo Dios y del Hijo de Dios, ellos que, aunque se equivocaron en casi todo, en esto al menos lo hicieron razonablemente.

5. *No sólo por los poetas sino también por los milagros actuales.*

Apolonio: Por cierto has hecho bien en recordarnos oportunamente las palabras de estos dos autores, pero puesto que la prueba ha sido presentada con toda libertad permítame contradecir tu opinión anterior con otra opinión igual, porque éstos, cuya autoridad debe ser admitida en todas las cosas, quizás erraron humanamente en este punto. Por eso si Cristo verdaderamente es Dios o Hijo de Dios debe enseñarse no sólo por los escritos de los antiguos sino también por ejemplos del presente.

Zaqueo: ¡Qué injusto es el intento pagano de convencer! Cuando habla a favor de sí mismo utiliza a los suyos, cuando es refutado ni siquiera les cree. La defensa de nuestra fe no es tan pobre o indigente como para que en su prueba se apoye sólo en testimonios externos, ni para que busque afuera aquello que posee en su interior. Oye a los inmundos espíritus de los demonios, que son vuestros númenes, que aterrados ante la invocación de este nombre, no niegan que Cristo es Dios e Hijo de Dios, y como los reos cuando los tormentos de los interrogatorios se ensañan cruelmente con ellos, no dicen lo que les agrada sino que reconocen aquello que les han arrancado. Y si rechazáis la creencia de nuestra fe creed al menos a vuestros dioses. O si no tenéis vergüenza de llegar hasta allí, que los hombres nieguen lo que incluso los demonios confiesan.

6. *Por qué se habla de los demonios en la explicación que ha de darse*

Apolonio: ¿Por qué te esfuerzas por oponer como toda explicación las variadas falsedades de los demonios y por presentar como única garantía la opinión cambiante de los espíritus que no acreditan certeza? Si para vosotros ésta es la única prueba, estáis recurriendo con más honesti-

dad a la autoridad de los autores ya citados.

Zaqueo: Sería justo que primero creyeráis en los testimonios de los vuestros y enseguida examinarais la forzada confesión de los demonios no tomándola a la ligera, porque si no obraran por tormentos invisibles, siendo libres les sería más fácil hablar en favor de sí mismos que mentir como siempre en su perjuicio. Pero como en todas las cosas las riquezas de Dios son incomparables, la verdadera majestad divina se difunde sobre todo al probar el honor de su nombre y al llamar a los hombres a la fe. Por eso, si éstas son cosas de poca importancia, les siguen curaciones con remedios nunca oídos, y los beneficios inefables de Dios se extienden incluso a los muertos. De esta manera ante una orden de Cristo los ciegos recobran la vista, los sordos vuelven a oír, los cojos caminan, los leprosos quedan limpios, los muertos resucitan. Y si no creéis que esto fue hecho por él, sabed que esto se hace o fue hecho por los hombres en su nombre. De todas maneras si no fuese Dios o Hijo de Dios o si se creyera que falsamente se revistió de hombre, invocado no ayudaría ni brindaría signos beneficiosos a quienes los necesitan, porque claramente puede entenderse que Dios no se presta a la mentira y que los hombres no pueden obtener signos a través de la mentira.

7. *Qué necesidad llevó a Dios a descender a la tierra*

Apolonio: Estas cosas que dices no parecerían desviarse de la fe si lo que sigue mereciera ser creído. Pues aunque por el momento calle sobre otras cosas ¿qué razón o necesidad tuvo Dios de venir a la tierra?

Zaqueo: Ninguna necesidad presiona a Dios porque siempre es libre y no está sujeto a pasión alguna. A él se sujetan todas las cosas por sí mismas, y él mismo no está sujeto a ninguna. Con todo sus palabras son libres y ciertas: *Si no creéis no entenderéis (Is 7,9)*. Por eso, si elevas el ánimo errante en las tinieblas hacia la luz de una comprensión superior, de modo de creer que Dios también puede todo lo que quiere, ciertamente no entenderás, en cuanto depende de él, la necesidad de que venga a la tierra para aparecer visiblemente en el hombre, sobre todo porque está siempre en todo lugar, pero comprenderás que su voluntad estuvo fundada en razón.

8. Si Dios no tuvo necesidad <***> de manifestar su voluntad

Apolonio: No puede dudarse que Dios puede lo que quiere y es claro que no quiere lo que es contrario e indigno de sí. Por eso, si no tuvo necesidad, enseñame cuál fue su voluntad fundada en razón.

Zaqueo: Transmite primero a tu mente lo siguiente: cualquier cosa que el mismo Dios mostró, asumió y llevó a término entre los hombres, lo hizo para preservar o restaurar el género humano. De esta manera siempre quiso los beneficios que concedió desde el principio, al punto de dar con abundancia las gracias del perdón más que compensar los males con castigos. Es en razón del hombre que muchos libros de la Escritura están llenos de ejemplos del pasado, exhortaciones del presente y aun de esperanza y temor del futuro, de modo que si las seguras promesas no los condujeran al conocimiento y al culto del creador, cima de la justicia, sea el temor al juicio anunciado lo que los constriña. Como estas disposiciones poco sirvieron a través de los profetas, el Salvador nos regaló su presencia a fin de que su poder realizara la obra íntegra de nuestra salvación junto con la proclamación de su palabra, y que no se considerara que siempre el castigo viene de un sólo hombre, porque en Cristo la enseñanza se manifestaba por sus acciones y la divinidad por sus signos, y no nos obligaba a imitar la justicia y la santidad por la fuerza, sino que nos invitaba a ellas por medio de hechos admirables. De esta manera para llevar adelante una obra de tanta dignidad, ¿de qué modo debió descender a la tierra sino haciendo que la materia frágil del hombre lo recibiera en ella misma para verlo presente, para escucharlo como maestro y para imitarlo en su obra?

9. Por qué Dios asumió al hombre corruptible

Apolonio: Admito que la razón fundada en su voluntad de venir a la tierra parece probable porque es claro que Dios vino por conmisericordia hacia el hombre. ¿Es que realmente le fue imposible producir un cuerpo incorruptible de cualquier materia más sutil, a fin de que después de haberlo asumido le llevara ayuda al hombre sin que estuviera agobiado por un hombre corruptible?

Zaqueo: Dios, que hace todas las cosas por su voluntad, no asume, forzado, nada que le sea penoso, sino que así como no puede ser engañado, así tampoco puede engañar.

Por tanto convenía que fuera hecho por él algo verdadero, no simulado, y que no mostrara algo ilusorio en lugar de un hombre, a la

manera de los prestidigitadores, sino que existiera aquello que él quería que se viera como existente. De manera que aquél que habría de venir como verdadero hombre por la salvación de todos debió nacer y asumir el crecimiento en edad durante el curso de su vida a fin de enseñar a la vez lo que el hombre puede hacer y así no ordenar nada que él antes no hubiera hecho por medio del hombre que asumió.

10. *Por qué Dios nació de una mujer*

Apolonio: Teniendo en cuenta lo dicho, hágase, si te agrada, un compendio de la disputa. ¿Acaso no fue al menos indigno que creciera dentro del útero de una mujer?, o bien ¿puede ser creíble que para nacer fuera concebido sin semen?

Zaqueo: Dije hace poco que la inteligencia sigue a la fe y que la mente humana sin la fe no percibe aquello que la sobrepasa y que está próximo a Dios. En efecto, si a partir de una materia no subsistente o de otra cualquiera, como recién dijiste, Dios pudo hacer al hombre cuando quiso, ¿no es verdad que más fácilmente pudo hacerlo de una subsistente y suya, para que nada fuera no verdadero y nada más admirable que haber tenido el modo habitual de nacer sin recurrir a la mezcla de semen? ¿Acaso algún ser viviente o algún elemento es más querido por Dios que el hombre? ¿Qué materia es más apta para tan magna formación que la de una virgen santa: que dentro de ella el Espíritu de Dios, habiendo elegido una flor de purísimas entrañas, hiciera un cuerpo en el que el Hijo de Dios habitó durante su vida entre los hombres? Para que no parezca increíble que esto pudo ser hecho por el Espíritu de Dios, considera lo que puede el soplo del mundo, soplo que en todo caso no es Dios sino una de las obras de Dios. ¡Mira cuán fácilmente resguarda la tierra naturalmente desolada por la escarcha, muda las aguas en hielo, de ellas también produce la nieve cambiando así lo pesado en liviano, el color en blancura (*Si* 43,18-22); igualmente cómo endurece por el viento los cristales, que no habrán de recibir la delicadeza de su naturaleza! ¡Y después de estas cosas crees que fue imposible para Dios lo que entiendes es posible para la creatura!

11. *De qué modo eludió la debilidad humana naciendo de una virgen*

Apolonio: ¿Acaso no atestiguaís que una virgen lo engendró? ¿Cómo esta creación, según decís, obra de un Dios incorruptible pero hecha a partir de materia corruptible, excedió el límite de la propia fragilidad?

Zaqueo: ¡Oh sabiduría del mundo, que en tu convicción nada comprendes de lo divino! Escuchas que la salvación de todos llegó a los hombres por obra de Dios, y aunque entiendes que fue concebido sin confundir al cuerpo de la madre, no crees que haya podido nacer sin su destrucción. Entonces, ¿dónde está el beneficio o el poder de Dios, si la unión sagrada con la fragilidad humana solo comparte un nombre, no un honor? Tú no crees que Cristo es Dios, sobre todo porque, contra lo habitual en el nacimiento humano, se dice que nació de una virgen. Por el contrario, yo creo que por eso mismo él pasó a la gloria de Dios, ya que siendo en lo humano distinto en algo de nuestra condición, cumplió como correspondía con la ley del nacimiento y no destruyó la integridad del cuerpo materno por la necesidad de su nacimiento. No hay duda de que, al ser una creación del Espíritu incorruptible de Dios, también su alumbramiento fue incorruptible, y que su fragilidad humana se preservó por la fuerza de la divinidad, antes que lo que era de Dios, su naturaleza divina, disminuyera por la debilidad del hombre.

12. *Cómo, aunque siendo Dios, creció recorriendo las distintas etapas de la vida humana*

Apolonio: Supón que la divinidad y la natividad de Cristo se consideren así, porque ha de apreciarse que en razón de Dios, que siempre mezclas con la razón, aun una virgen pudo parir, pero, ¿qué importancia tuvo que un recién nacido llorara en la cuna, que luego se entretuviera en la ignorancia propia de un niño, o que traspasara el tiempo difícil de la adolescencia para ir a los años de adulto en los que, por el poder divino, comenzara de inmediato su obra con la fuerza de un varón adulto?

Zaqueo: El curso de su vida misma, al que se une la voluntad de Dios, te responde; porque quien soportó el lento crecimiento en el vientre materno quiso respetar las edades de la vida, y quien se había dignado nacer como hombre no desdeñó vivir como tal. En efecto, ¿cómo se creería que revistió un hombre verdadero si se hubieran pasado por alto estas etapas de su vida? Empero, ¿debía quizás rechazar algo del hombre, él, que venía a enseñar la humildad y la paciencia? Cuánto más dignamente, probando en sí mismo que es Dios y hombre a la vez, él realizó cosas maravillosas y no desdeñó las debilidades. Por eso está escrito que ante el dolor sufrió⁸, que fatigado se quedó dormido⁹, que teniendo hambre deseó

⁸ Cf. Mt 26,37.

⁹ Cf. Lc 8,23.

comer¹⁰, que lloró en la pena¹¹, que gimió ante la muerte¹², para que frente a las obras excelsas de las que se habló, que lo muestran como verdadero Dios, el llanto y la aflicción lo declaren verdadero hombre, porque lo que nos es propio lo asumió hasta el fin, y lo que sólo es posible para Dios, cuando quiso, lo mostró realizado por su palabra.

13. *Las obras del poder de Cristo*

Apolonio: Recuerdo que hace poco hablaste de varias curaciones y resurrecciones de muertos. Sin embargo en ellas no veo que haya una especial admiración hacia Cristo, cuando en verdad también los magos con mucha experiencia resucitan a los muertos y los médicos dan remedios a todos los que sufren alguna enfermedad.

Zaqueo: No ignoro que por sortilegios o fórmulas mágicas no son evocados los muertos sino los espíritus de los demonios, y éstos simulan por un instante lo que no son a través de visiones; añadiendo además a su falsedad la postura –sea de responder sin ser vistos, sea de callar si son vistos–, a fin de que un vano espectro de sombras se burle de los débiles deseos de los insensatos. Empero las almas de los muertos, una vez separadas de los cuerpos, son conducidas a las moradas que les corresponden y, según sus méritos, o bien permanecen hasta el día del juicio futuro en los lugares destinados a los bienaventurados, no estando sujetas a las invocaciones de los magos, o bien son encerradas como en prisiones, en las que les está prohibido ir hacia lo más alto. De esta manera ocurre que los demonios fingen ser similares a esas almas que desdeñan venir o que impedidas no vienen, a fin de que siempre tomen parte del engaño que éstos desean, y por la imitación de la verdad sean burlados los que creen tales historias. Con respecto a los remedios que aplican los médicos, preparados con gran variedad de hierbas, no son útiles inmediatamente ni para todos. Y cuando una grave enfermedad se arraiga en un enfermo, o bien se queman por el fuego las entrañas desecadas, o se cercena mediante el hierro algo pernicioso escondido. Ningún remedio surte efecto con una orden, es decir, por la sola palabra no se logra ningún resultado. Y por cierto todos podemos reconocer por eso que la medicina puede quitar algo que está en el hombre pero no puede agregar lo que no está en él. Por

¹⁰ Cf. *Mt* 4,2; *Mc* 2,25; *Lc* 4,2.

¹¹ Cf. *Jn* 11,35.

¹² Cf. *Mt* 27,50; *Mc* 15,37; *Lc* 23,46.

el contrario, esto es lo que se aprecia en las obras de Cristo. El ciego que desde el comienzo carece de lo necesario para ver, y que tiene vacíos los lugares de los ojos, untado con barro, al modo que fue hecho el primer hombre¹³, recuperó la vista. Al que no sabe marchar se le ordena caminar¹⁴. En una mujer que padecía flujo de sangre éste se detuvo por una palabra suya¹⁵. Por una orden suya la oreja cortada fue restituida¹⁶. La lepra no desapareció por un medicamento sino por una palabra suya¹⁷. A un cadáver en putrefacción le ordenó salir del sepulcro y seguir viviendo¹⁸, no brindando a los que lo veían una presencia momentánea sino participando de todos los actos de los hombres¹⁹ y alegrándose por los años que habría de vivir. ¿Quién, fuera de Dios, pudo dar alimento a miles de hombres hasta saciarse, con solo cinco panes?²⁰. ¿Quién pudo entrar al mar a pie y pisar la inmensidad de las aguas caminando libremente y apoyar con firmeza la planta de los pies sobre las aguas que le servían de camino?²¹. ¿Quién pudo ordenar a los vientos y con una sola palabra calmar la furia de la tempestad desatada?²². ¿Quién pudo transformar el agua en vino y a partir del agua, en su misma condición de agua, sin que se note su alteración, ofrecer un resultado de mayor calidad?²³. Cristo, obrando estas cosas en el hombre para probar que era igual a Dios, las hizo ante muchos que las veían. Así, si se compara al que habla con el eco, a la espuma con la fuente o a la sombra con la luz, no se hace una comparación indigna al acercar las obras de los hombres a los poderes de Dios, pues, en el caso de Dios, los remedios al instante, sin demora, son eficaces, pero en el caso de los hombres los remedios laboriosamente producidos se disipan casi antes de que se sientan sus resultados.

¹³ Cf. *Jn* 9,6-7.

¹⁴ Cf. *Mt* 9,6-7; *Mc* 2,11-12.

¹⁵ Cf. *Mt* 9,20-22; *Mc* 5,29; *Lc* 8,44..

¹⁶ Cf. *Lc* 22,51.

¹⁷ Cf. *Mt* 8,3; *Mc* 1,41.

¹⁸ Cf. *Jn* 11,43.

¹⁹ Cf. *Jn* 12,2.

²⁰ Cf. *Mt* 15,37; *Mc* 8,8; *Lc* 9,17.

²¹ Cf. *Mt* 14,26; *Mc* 6,48-49; *Jn* 6,19.

²² Cf. *Mt* 8,26; *Mc* 4,39; *Lc* 8,24.

²³ Cf. *Jn* 2,9.

14. *Cómo Cristo, que resucitó a otro, no se libró a sí mismo de la muerte*

Apolonio: Si estos milagros a los que te has referido y en los que quieres que creamos los brindó Dios en su naturaleza humana, ¿por qué quiso asumir y padecer la cruz?, o ¿por qué razón el que iba a arrancar a otros de la muerte no se libró a sí mismo de ella?, o más aun ¿cómo aquél que no pudo favorecerse a sí mismo favorecerá a otros? Dado que al respecto debió fortalecer más la fe de los que dudaban de él, él que habría de liberar a otros debería haberlo mostrado primero en su propia liberación. Porque en realidad, o es necesario que me des una explicación o no es muy justo que me exijas que crea.

Zaqueo: En esto se equivoca también tu estimación, en creer que la divinidad sufrió una injuria al ser clavada en la cruz, divinidad que siendo inaprehensible y libre ni pudo padecer ni ser encerrada. Pero debido a haber asumido al hombre, la divinidad obró cierto triunfo sobre el diablo cuando, depositando en el madero la victoria de la carne²⁴, sin padecer injuria venció ella misma, a través de un hombre, al que empujó al hombre al delito injuriando a Dios. Por ende, no la divinidad sino el hombre fue cruelmente muerto. Y aquél que pecó por un leño. fue clavado a un leño. Y Dios tuvo esta razón o voluntad principal de asumir al hombre, a fin de que el pecado contraído por el hombre fuera quitado a través del hombre, y que la fe en la resurrección comenzara a partir de él, del que constaba que debía resucitar el primero. En efecto siendo puro e inmune de toda falta quiso sufrir por todos para ser preferido a todos, no por su solo poder sino por mérito²⁵. Por ende puedes ver cuál es el esplendor del poder divino y la victoria de la vida, puedes ver que no mereció la muerte sino que la alejó de los que la merecían y que por la conquista del triunfo espiritual clavó en la materia una culpa que no era propia. Porque cualquier otro que no fuese él, en tanto ningún hombre está libre de pecado²⁶, habría dado la vida sólo por sí mismo, pero fue preciso que él muriera por todos, él que, no debiendo nada, asumió el daño para sí, y aunque no podía ser condenado consintió en morir a fin de que la muerte eterna no se adueñara de nosotros.

²⁴ Cf. *Col* 2,14.

²⁵ Cf. *Flp* 2,9.

²⁶ Cf. *Jb* 14,4.

15. *Quién es el diablo, o bien cuál es el pecado del hombre*

Apolonio: Dejado por ahora el tema de quién es el diablo o cuál es su origen, del que afirmas que es el instigador de no sé qué pecado, y si no te causa disgusto, muestra el pecado del hombre, el cual, como aseguras, fue tan atroz que sólo pudo expiarse por la cruz de Cristo. Una vez examinada la naturaleza del crimen del que se trata, la doctrina de la cruz se elevará tanto, que más prontamente resplandecerá.

Zaqueo: Claramente no me causa disgusto explicar los orígenes de la vieja ofensa y vincular en una narración simple hasta dónde llegó el mal que la trasgresión del primer hombre produjo, a fin de que tú, que sólo deseas escuchar las causas de ese pecado, conozcas también más correctamente al creador del género humano. Como Dios hiciera todas las cosas de la nada, al hombre, habitante del mundo, lo moldeó de barro y a su cuerpo todavía en bruto y exánime le dio el hálito de vida y la capacidad de comprender²⁷: el hálito de vida por el que disfrutamos del aire común por el que movemos nuestros miembros; la capacidad de comprender por la cual nos diferenciamos de los demás animales. Incluso le agregó la propia libertad de juicio para vivir, otorgándole libre dominio sobre todas las cosas. Es así como le fue concedida la inmortalidad de manera condicional, y una ley fue puesta en su voluntad, que no es tan difícil de observar como para poner en riesgo a un ignorante, sino que le fue presentada no sólo para practicarla sino también para resguardar la gracia del creador con el beneficio de la inmortalidad. Al hombre, de esta manera colocado entre las delicias del paraíso²⁸, es decir, en un lugar muy agradable, no alterado por inclemencia alguna del tiempo ni por la diversidad de los vientos, le fue dada la posibilidad de comer de cualquier fruto de los preciosos árboles. Pero entre los muchos árboles sólo de uno le fue prohibido servirse²⁹, para que el hombre, viendo siempre el mismo árbol prohibido, se acordara de aquél que lo había prohibido y, estando al frente de todas las cosas, no olvidara que delante de él estaba el creador, a fin de que supiera que todas las cosas estaban sometidas a él, a condición de que él estuviera sometido a aquél que a su vez había sometido las cosas al hombre³⁰. Y también para que el hombre creado razonable no esté como

²⁷ Cf. *Gn* 2,7. De aquí en más hasta el capítulo 17, CZA apela constantemente a la historia del *Génesis*.

²⁸ Cf. *Gn* 2,8.

²⁹ Cf. *Gn* 2,17.

³⁰ Cf. *1 Co* 15,28.

estancado a la manera de los animales, al no observar la ley, sino que sólo él, que había recibido con exclusividad la facultad de pensar, comprendiera que ante todo precepto y beneficio debía estar en guardia y merecer. El diablo, envidiando esta dicha, por medio de la serpiente, que era más astuta que los demás animales³¹, sedujo primero a la mujer, al ser humano de sexo más débil y al ánimo que más fácilmente podía creerle, a fin de que violara la prohibición gustando el fruto del árbol³². Después, por medio de la misma mujer burló al varón con un engaño similar³³, afirmando que serían semejantes a Dios³⁴ si no se abstendían de comer la fruta del árbol que la divinidad había exceptuado para no compartir con los hombres la ciencia celestial. A éstos, engañados dolosamente, empujó a un pecado gravísimo para que osaran atreverse, por la transgresión del precepto –aunque no fuera posible– a ser semejantes al creador. Fueron arrojados del paraíso³⁵, despojados del beneficio de la inmortalidad por este engaño, y arrojados de aquel equilibrio armónico, habrían de vivir en este ámbito corruptible. De inmediato se les puso una vestimenta de piel³⁶ y se les asignó un trabajo ímprobo para buscar el alimento, de modo que trabajaran el suelo que no habría de suministrar nada espontáneamente y, sudando entre espinas y abrojos³⁷, aunque acumularan muchas cosas, estuvieran sometidos con todo a la sentencia de muerte. Esta primera transgresión de lo prohibido fue la causa de todos los males y el origen de la muerte. Sin embargo la paciencia de Dios, pronta al castigo, no impuso el cumplimiento de la sentencia sino que atenuó la fuerza de este edicto muy severo, interponiendo cierto tiempo, a fin de merecer el perdón a partir de un laborioso esfuerzo de penitencia, y para que los caídos enseñaran a sus descendientes a cumplir la justicia por la que podrían ser restituidos a la vida que habían perdido después de haber caído gravemente por sí mismos. Durante esta tregua, brindada por la bondad de Dios, la reparación no se realizó a través de la conversión y del camino que lleva a la salvación, sino que más bien se acrecentaron los vicios, y el abuso de las generaciones siguientes los consumó, de tal manera que después, al refor-

³¹ Cf. *Gn* 3,1.

³² Cf. *Gn* 3,4.

³³ Cf. *Gn* 3,6.

³⁴ Cf. *Gn* 3,5.

³⁵ Cf. *Gn* 3,23-24.

³⁶ Cf. *Gn* 3,21.

³⁷ Cf. *Gn* 3,18-19.

zar la sentencia de muerte, la mancha de sus flagrantes delitos no pudo ser extinguida sino por la inundación debida al diluvio.

16. *Si Dios es impasible, por qué se irrita y castiga*

Apolonio: Quienes escuchan sospechan que las cosas que perturbaban se pasan por alto, pues si Dios es impasible y bueno, ¿cómo puede estar ahora encolerizado o vengándose? En efecto, la ira da a entender que es pasible y la venganza, que es malo.

Zaqueo: Dios es juez equitativo de los actos humanos, premia a los buenos y castiga a los malos: bueno cuando recompensa, justo cuando castiga. De allí que la ira da a entender no que es pasible, sino que muestra su desaprobación y que el castigo no es malo sino justo.

17. *Cómo fueron creados los hombres después del diluvio*

Apolonio: Debe reverenciarse a la divinidad sobre todo porque debe creerse que Dios siempre es digno de honor. Por eso, volviendo al punto de la narración que quedó en suspenso, expón como versado que eres, si es digno de ser escuchado, cómo fueron hechos o nacieron los hombres después del diluvio.

Zaqueo: Ciertamente es digno mostrar cuál fue la medicina que Dios dispuso para nosotros desde el comienzo y explicar que después del diluvio la semilla del género humano fue conservada en Noé, y que de aquí por los descendientes llegó hasta este linaje, no imaginando de modo pueril a Deucalión y a Pirra arrojando piedras por encima de los hombros. Una vez limpia la tierra por medio del diluvio, sólo Noé, el único encontrado justo³⁸, fue reservado junto con su linaje³⁹ para propagar el género humano. Sin embargo, permanecía aún la sentencia de muerte, como ahora, para que debido al mérito de la conversión, la inmortalidad volviera junto con la resurrección. La norma de la justicia permaneció cierto tiempo entre los hombres; por el recuerdo del castigo ejemplar permaneció vigente ese conocimiento y por el temor se conservó la reverencia debida. Empero como de una gran despreocupación se originó una gran

³⁸ Cf. *Gn* 6,9; 7,1.

³⁹ Cf. *Gn* 9,1.

prosperidad, y de una gran prosperidad, el cese de la preocupación, y a partir de este cese vino el abuso y, a partir del abuso, el olvido, olvidándose del temor, se olvidaron del creador, y a partir de los vicios se precipitaron en sacrilegios. No contentos de habitar en la tierra construyeron una torre para llegar al cielo escalándola y las manos de la multitud de hombres profanaron las alturas⁴⁰. ¡Oh inexplicable bondad de Dios y misericordia de la que nadie puede hablar como es digno! No obedecer a Dios es muerte justa, y haber apetecido la morada de Dios quedó impune. Mira la delicadeza de la clemencia divina: los temerarios no son castigados en su crimen sino que son apartados del crimen, y allí donde el juicio celeste debió mostrarse cruel se brindan en cambio los signos del poder divino. Por otra parte se les abre el camino de la comprensión de la penitencia, pues como en ese tiempo había aún una sola lengua para todos⁴¹, esta lengua común se dividió en numerosos pueblos dispersos ahora por todo el mundo, y en la obra trabajada con ahínco, cada uno dice solo aquello que únicamente él puede comprender⁴². En efecto, como la audacia perseverara en la construcción del crimen, súbitamente los que preguntan no saben pedir, los que sirven no saben obedecer y se les vuelven adversas aquellas cosas recibidas por los constructores como necesarias. De esta manera abandonan la obra comenzada no por un castigo sino por cansancio, de tal modo que el temor de este hecho extraordinario llegara enseguida a todos, dejándolos estupefactos pero sin el castigo ejemplar, a fin de que cada uno narrara a su pueblo, al que pasó la nueva lengua, por qué motivo se había perdido el conocimiento de la lengua anterior.

Empero, ¿de qué sirvió que el diluvio haya cubierto los crímenes? ¿De qué sirvió que esta loca maquinación haya sido destruida por la indulgencia y no por el castigo? He aquí que una vez más, oh hombre, injurias a Dios confundiéndolo con los elementos, al transferir a las criaturas visibles el honor y el culto de la majestad invisible⁴³. Si miras hacia lo alto, Dios está por encima; si la grandeza, él es más grande, él que está en todas partes; si el esplendor, el creador resplandece aún más, y es necesario que quien hizo la belleza sea por este poder superior a sus obras. Por último, que haya entre el creador y la criatura una distancia tal que así como admiramos las cosas que vemos, así aquellas que no podemos ver debido a la majestad divina, no sean privadas del culto acompañado de la reverencia que le es debida.

⁴⁰ Cf. *Gn* 11,4.

⁴¹ Cf. *Gn* 11,1.

⁴² Cf. *Gn* 11,7.

⁴³ Cf. *Rm* 1,23.

18. *El origen de los judíos*

Apolonio: Si estas cosas que recuerdas han de ser creídas, la paciencia sin fin de Dios hacia los hombres es incomparable. Pero una vez desechada la construcción de la torre, como recordaste, los pueblos se propagaron por toda la tierra al producirse la diversidad de lenguas. Entonces, ¿cómo con Moisés surgió la secta de los judíos o por qué causa se proclamó la ley al cabo de tantos siglos, siendo que la ley fue inserta naturalmente en la inteligencia del hombre? Si es posible saberlo, presentándolo ordenadamente, exprésalo sin que te pese.

Zaqueo: Cuando el pueblo judío fue liberado de Egipto <***> desde el primer hombre hasta el tiempo del que te hablé, el conocimiento de Dios fue conservado a través de diferentes períodos. Empero la ley, aunque no escrita con letras, como has dicho, estaba naturalmente inserta en la inteligencia pero después que una y otra cayeron en el olvido fue elegido Abraham, hombre de fe singular, al que Dios estableció padre de toda la fe debido a este mérito: haber dejado, sin hesitar, por de pronto la casa, la patria y a los cercanos cumpliendo el llamado de Dios, para ir a un lugar desconocido y extraño⁴⁴ a fin de no entregarse a la esclavitud de los ídolos al vivir entre sus vecinos y no perder la gracia de la fe que ya merecía y que aumentaría, o al menos no la mantuviera con tibieza. Además en otra ocasión, siendo él y su mujer ya ancianos⁴⁵, enfriados los miembros por su edad, no perdió la esperanza de tener un hijo como Dios se lo había prometido, creyendo que el escollo de la naturaleza habría de ser vencido por el poder de la promesa divina. Después, a este hijo, aunque fuera el único, lo acercó sin dudarle al altar para ser inmolado por orden de Dios⁴⁶, procurando ofrecerlo al creador más que a su afecto paternal, y confiando a su vez que aun de las cenizas el hijo que el fuego habría de consumir para Dios podía serle devuelto en su integridad⁴⁷. Sin duda la divinidad, que nunca es severa con los creyentes, no permitió que un varón de tanta fe fuera privado de su hijo sino sólo que fuera probado. En efecto, bajo el golpe de la espada que estaba a punto de herir, sujetó un carnero por la fuerza, víctima más propicia⁴⁸, para que se cumpliera

⁴⁴ Cf. *Gn* 12,5.

⁴⁵ Cf. *Gn* 17,17; 21,2.

⁴⁶ Cf. *Gn* 22,9-10.

⁴⁷ Cf. *Hb* 11,19.

⁴⁸ Cf. *Gn* 22,13.

ra su devoción sin dañar la piedad, y no recibiera menos la gracia de la fe quien prefiriera a Dios más que a su afecto de padre. Debido a tal fe mereció la promesa de una tierra de abundancia para la descendencia que habría de seguirle y, como jefe del pueblo judío, fue el primero en recibir la circuncisión, no porque el prepucio estuviera en contra de la justicia o de la fe o porque Dios hubiera creado en el hombre algo superfluo que después ordenaría cortar, sino para que la descendencia del varón elegido fuera conocida entre los demás pueblos por esta marca distintiva del cuerpo.

Entonces el mismo pueblo, debido a la gran escasez de alimento en las regiones que habitaba⁴⁹, se trasladó a Egipto no porque Dios no fuera capaz de brindar abundancia en cualquier lugar, sino para que, una vez más, conduciéndolo fuera de Egipto⁵⁰ le enseñara cuán grande era por medio de hechos admirables. A partir de esta progenie creció un gran pueblo y su escaso número se acrecentó hasta llegar a producir la envidia de los egipcios⁵¹, de manera que, como éstos temieran que los judíos prevalecieran sobre ellos, se enseñaron haciéndolos sufrir con trabajos indignos, como sometiéndolos a una esclavitud que les era debida. Además <los egipcios>, por la fuerza cruel de un edicto, daban muerte a los varones recién nacidos⁵², de modo que el abandono hacía perecer a los que acababan de nacer y el trabajo a los que tenían buena salud. Bajo estos sufrimientos, el pueblo peregrino acudió al Dios creador que los mayores le habían transmitido, y pidió su liberación a la divinidad a la que sus padres rendían culto⁵³. Y es obra de la divinidad que contra la violencia del edicto cruel, Moisés fuera educado primeramente de manera oculta por sus padres⁵⁴, después –encontrado por la hija del faraón⁵⁵, porque había sido abandonado por temor del mandato del faraón– fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios⁵⁶, y recibió órdenes a fin de liberar al pueblo de Dios. Así ocurrió para que no pareciera que al no haber sido instruido en toda la sabiduría egipcia, permaneciera casualmente inculto o con entendimiento mediocre, y que pareciera que con bastante imprudencia había

⁴⁹ Cf. *Hch* 7,11.

⁵⁰ Cf. *Gn* 46,4.

⁵¹ Cf. *Ex* 1,9-10.

⁵² Cf. *Ex* 1,22.

⁵³ Cf. *Ex* 2,23.

⁵⁴ Cf. *Hch* 7,20.

⁵⁵ Cf. *Hch* 7,20.

⁵⁶ Cf. *Hch* 7,21.

creído y puesto en práctica lo que le había sido encomendado por Dios. Dios le habla a través de la zarza ardiente⁵⁷ y le muestra los signos que habrían de tener fuerza contra los egipcios⁵⁸, para que aquéllos cuya servidumbre había sido abolida creyeran en los signos y para que se aterrizaran los que habrían de resistir, y para que en la ostentación de estos prodigios uno y otro pueblo pudieran ser preservados, dado que, vista la mano de Dios con toda evidencia, por un lado los contumaces fueran amonestados a convertirse de su impiedad⁵⁹, y por otro, los afligidos fueran liberados.

Entonces, los magos del faraón de Egipto resistieron a Moisés, que pedía desde la autoridad de Dios la salida del pueblo, y se esforzaron en burlar al faraón por medio de la imitación de los prodigios que Moisés había hecho⁶⁰. Por algún tiempo la imitación no resultó inferior a la verdad, ni la ilusión a los signos, sino que de alguna manera se permitió que el uno y el otro lucharan, no para que venza la falsedad de los paganos sino para que el poder de Dios resplandezca aun más. Pues, si bien los magos parecían hacer lo mismo que hacía Moisés a manera de signo en cuanto a la diversidad de plagas, no podían revocar aquello que ya habían hecho, y como esta horrible ciencia suele hacer, sabían dañar pero no sabían acudir en socorro de los males hechos, pidiendo a su vez a aquél al que intentaban imitar el cese de los males que ellos mismos habían introducido⁶¹. Por último se vieron obligados por la fuerza de los signos inimitables y por el reconocimiento de su propia imposibilidad, a dejar ir al pueblo. Quienes habrían de partir fueron exhortados, según decisión de Dios, a celebrar una fiesta gozosa poco antes de la partida⁶² y a conseguir la riqueza de los huéspedes a fin de adornar las grandes solemnidades lejanas y guardar la riqueza en mérito de su largo y esforzado trabajo⁶³, no por un anhelo de robo sino a título de salario. Por eso los engañados, como hasta entonces no sabían nada de la riqueza confiscada, recrudesciendo su malicia junto con la ira, persiguieron a los que habían dejado salir por sus

⁵⁷ Cf. *Ex* 3,4.

⁵⁸ Cf. *Ex* 4,17.

⁵⁹ Cf. *Sb* 12,2.

⁶⁰ Cf. *Ex* 7,12. 22; 8,7.

⁶¹ Cf. *Ex* 8,1-8.

⁶² Cf. *Ex* 12,11.

⁶³ Cf. *Ex* 12,35-36.

ruegos⁶⁴, y ante la amenaza del ejército de los egipcios, al pueblo judío por temor le faltó la esperanza de evadirse⁶⁵, tanto porque detrás de ellos los enemigos los seguían como porque por delante el mar les oponía un impedimento. Dios asiste a los atemorizados y en el miedo extremo de los desesperanzados, el auxilio del cielo lucha por ellos. Por de pronto, las tinieblas insertadas durante el día defienden a los judíos como un obstáculo impenetrable puesto delante⁶⁶, y la caída repentina de la noche, mudada la alternancia de los elementos, protege a los trémulos del ímpetu de los perseguidores. Luego a Moisés se le ordena golpear el inmenso mar con su báculo y remover por su imperio las aguas profundas del mar para brindar un camino a los que lo atravesaban. Una elevada línea de agua se erige de los dos lados y se diría que el oleaje regular se detiene como ante un signo habitual de guerra, y que el mar solidificado a similitud de un muro se divide⁶⁷ obedeciendo a la inteligencia que comandaba el cruce. Un suelo seco se ofrece a los que avanzan y las profundidades del mar son evacuadas formando una mole infranqueable a los lados, y una vez que el pueblo logró pasar a la otra orilla, cuando los perseguidores amenazaban a los que se alejaban, el mar golpeado de la misma manera por Moisés, unió otra vez sus aguas. Y como si debido a la injuria hecha a Dios la inmensidad de este elemento de venganza juntara las aguas rellorando aun más en su retorno, una multitud de carros y caballos con sus selectos jinetes fue sumergida, y la tropa de guerreros mezclada con las arenas fue cubierta como si no hubiera existido⁶⁸.

A partir de estos comienzos que se remontan a Abraham, fue elegido el pueblo judío conducido por Moisés y después de atravesar el mar fue llevado al desierto, donde permaneció durante cuarenta años. Durante la noche, una columna de luz los precedía como guía del camino⁶⁹. También durante el día, para que el esfuerzo no agotara a los cansados, esa misma columna, al precederlos en una nube, los protegía de los daños del calor ardiente. De esta manera, con el auxilio de Dios aprovecharon los elementos a su servicio, aunque en sus beneficios no disfrutaron sólo por la dignidad del poder celeste sino también por la indulgencia de la

⁶⁴ Cf. *Ex* 14,8.

⁶⁵ Cf. *Ex* 14,10.

⁶⁶ Cf. *Ex* 14,20.

⁶⁷ Cf. *Ex* 14,22.

⁶⁸ Cf. *Ex* 14,28.

⁶⁹ Cf. *Nm* 14,14; *Ex* 13,21.

piedad paterna, porque entre la admiración y la necesidad estaban atónitos ante esos signos y no temían los peligros.

19. *Por qué fueron conducidos al desierto y por qué se les dio la ley*

Apolonio: Es agradable saber lo que has dicho pero, si no está confirmado por la plenitud de la razón, es algo débil. Por eso, ¿por qué después de haber atravesado el mar los liberados a través de hechos tan milagrosos, fueron conducidos al desierto? O ¿por qué después, en el desierto, fueron atormentados durante tanto tiempo por el destierro, dado que la horrible aridez de las regiones no les brindaba alimento y el resto de los bienes necesarios para la vida?⁷⁰. Hazme saber entonces de dónde vino el alimento para la multitud, o por qué los liberados sufrieron tanto castigo, o cómo después se promulgó la ley.

Zaqueo: Aquello no fue un castigo de destierro y ni en el desierto ni en los lugares desolados les faltaron los bienes necesarios, sino que allí tuvieron un alimento más precioso que el alimento de los hombres y aun su desvío a través del desierto mismo fue oportuno. El motivo principal de su estadía en el desierto fue que allí se multiplicaran los ejemplos de los anteriores milagros. Como siempre amamos aquello a lo que estamos habituados, fue previsto que no llegaran de inmediato a la tierra de promisión por un camino corto y recto, pues la voluntad de volver a Egipto podía alguna vez deslizarse subrepticamente en ellos, como se demostró al punto, pues aun en medio de la gran abundancia que tenían en esta región desconocida, el deseo de las viejas costumbres y los ritos sagrados de los paganos, de los que estaban alejados, podrían tener lugar. Además todo esto fue previsto a fin de que las guerras no los atemorizaran constantemente y no fueran expulsados por los pueblos de estas mismas regiones, aunque la divinidad que los precedía no los habría de exponer a peligros; a la vez, a fin de que después del daño del desierto, el lugar que les había prometido les agradara más y, aunque la inapreciable amenidad lo hiciera propicio, con todo, el recuerdo del pasado lo hiciera aún más apropiado. Mira la clemencia divina en su paciencia: ella brinda cierta nube de víveres no a los que esperan los alimentos por una plegaria de súplica, sino a los que se quejan desordenadamente de que les faltan, y los cuerpos humanos se nutren del alimento de los ángeles⁷¹, de manera

⁷⁰ Cf. *Dt* 9,28.

⁷¹ Cf. *Sal* 77,24-25.

que la presencia de esta generosidad nocturna no se incluyera sólo en lugar del descontento, sino que aún excediera lo que usualmente se recogía. Allí, durante todo el tiempo del que hablé, ocurrió de manera admirable que ningún calzado ni vestimenta se desgastó por el uso⁷², no se controló el crecimiento de cabellos y de uñas sino que, como si la inmortalidad ya hubiera vuelto, una sencilla integridad conservó sin cambio el aspecto del hombre.

Entonces Moisés es llamado a subir al monte para recibir la ley⁷³ y tras permanecer en conversación hablando con Dios durante cuarenta días y cuarenta noches⁷⁴, bajó llevando consigo los mandamientos escritos en tablas de piedra, encontrando con horror a los que había dejado echados a perder por un sacrilegio, mientras aún eran reconfortados por el maná y el deleite celestial. El pueblo, por cierto, se quejaba de la demora de Moisés⁷⁵ pensando que no regresaría y, saciado aún por la abundancia del alimento, se olvidó rápidamente de Dios, que lo había sacado de Egipto. Debido a los excesos cometidos, comenzó a pedir los dioses a los que rendía culto, y arrojando al fuego los collares de las mujeres⁷⁶, declaró que se abocaría a la religión que restituyera la imagen de los ídolos honrados en Egipto. Al regresar, Moisés se enfureció abiertamente contra el crimen y redujo a polvo la cabeza del becerro⁷⁷ que fuera hecho a similitud de las abominables costumbres de los egipcios, y arrojando con indignación las tablas de la ley⁷⁸, las hizo añicos juzgando que aquéllos a los que esa osadía abominable había ensuciado eran indignos de las Escrituras de Dios. Y no desistió del ímpetu de la ira antes de que, enviando a los degolladores a través del campamento⁷⁹, el delito fuera expiado con la muerte de muchos y antes de que fueran consignados los mandamientos restablecidos sobre las tablas⁸⁰ y fuera aplacada la injuria hecha a Dios. Por la restauración de los mandamientos se manifestó que Dios no aborrece a los que permite corregirse y que no quiso destruir a aquéllos a los que quiso

⁷² Cf. *Dt* 29,5.

⁷³ Cf. *Ex* 19,20.

⁷⁴ Cf. *Ex* 24,18; 31,18.

⁷⁵ Cf. *Ex* 32,1.

⁷⁶ Cf. *Ex* 32,2.

⁷⁷ Cf. *Ex* 32,20.

⁷⁸ Cf. *Ex* 32,19.

⁷⁹ Cf. *Ex* 32,27-28.

⁸⁰ Cf. *Ex* 34,1.

castigar de esta manera.

Esta marcha por el desierto, estos beneficios de Dios hacia el pueblo que de una vez y para siempre había adoptado, duraron cuarenta años⁸¹. Entonces la ley fue promulgada por inspiración divina, para que su publicación anuncie, no alguna novedad en cuanto a los mandamientos sino la restauración de la justicia natural, de tal manera que lo que antes a lo sumo unos pocos hombres y sabios sabían, ahora todos pudieran verlo y leerlo hasta el final, y la ignorancia no diera lugar a la excusa, puesto que eso que alguien quizás no entienda que le es naturalmente dado, no sólo sea buscado por sus pensamientos sino que sea reconocido por la vista.

20. *Si la ley aportó a los hombres más que la naturaleza*

Apolonio: Es un conocimiento manifiesto que la ley es naturalmente inherente a los espíritus humanos y también lo es para todos comprender qué es lo nocivo y lo útil, qué lo justo y lo injusto, dado que sabemos amar nuestro propio bien y aborrecer lo que le es contrario, y a la vez sabemos que es algo bueno brindar a otros aquello que agrada, y a la inversa, es malo infligirles aquello que desagrada. De allí que no puedo comprender que la ley promulgada por Moisés otorgara más de lo que la naturaleza trasmitiese, a menos que me expongas las propiedades de sus prescripciones.

Zaqueo: El conocimiento y el temor de Dios junto al amor es la ley primera. En efecto, ¿de qué sirve conocer a Dios si no se lo ama y se lo teme de corazón? Sigue a esto el decurso perfecto de la justicia: aplicarse a la verdadera fe, elevarse por pureza espiritual al cumplimiento de las buenas obras. Por otra parte el castigo es inherente a los delitos cometidos, las expiaciones se vinculan a las ofensas y la conclusión principal de los preceptos prescribe no hacer a otro lo que no quieres que te hagan a ti, y a su vez, hacer a otro lo que quieres que te hagan a ti⁸². Del mismo modo fue insertada la creación de este mundo y él, que había hecho esta armonía de los elementos de la nada, la mostró como su creador, señalando que su obra fue considerada por el error humano como coeterna a él.

En el tiempo subsiguiente a Moisés, como el culto de los ídolos creciera por el desprecio de los mandamientos de salvación, se sumó la frecuente advertencia de los profetas, y las muchas clases de curaciones anun-

⁸¹ Cf. *Dt* 8,2.

⁸² Cf. *Mt* 7,12.

ciaron y precedieron el advenimiento ya probado de Cristo que ahora aguardamos. En efecto Dios, a fin de no castigar sino rara vez, amenaza frecuentemente deseando que la severidad de la ira celeste sea más temida que ejercitada. Por el contrario la empedernida nación de los judíos no sólo rechaza ser corregida, sino que desdeña ser inculpada y castigó a los profetas enviados por el imperio de Dios con diversos suplicios, a fin de que la transmisión de las supersticiones humanas no careciera de honores presuntuosos, expresando con intensa perversidad que ellos tal vez debían ser corregidos por la presencia de Dios, en el que, con todo, no quisieron creer después de haber mostrado signos y poderes, matándolo luego cruelmente aun sabiendo que vendría y reconociendo que había venido.

21. *Por qué la salvación de los hombres llegó tan tarde*

Apolonio: Entonces, si su venida fue tan necesaria que no rehusó padecer por todos para ofrecer por sí mismo la norma de justicia, mostrando en su propia muerte la esperanza de una nueva resurrección, ¿por qué este beneficio de Dios y la salvación de los hombres fueron diferidos durante tanto tiempo?

Zaqueo: Como pudiste apreciar, el género humano desde el principio fue siempre protegido y preservado por la enorme disposición de Dios, y si te refieres brevemente a lo principal, verás al respecto que la disposición de la divina providencia acudió para que no fuera necesario suprimir a los hombres por un juicio justo de Dios. En efecto la sentencia de muerte pudo haberse cumplido desde el momento de la primera trasgresión, de manera que los que ultrajaron los mandamientos fueran castigados. Sin embargo, debido a la penitencia, les fue concedido el tiempo de vivir. Más tarde, por la intensificación de los crímenes la tierra se corrompió, pero este elemento mancillado se lavó de modo que, gracias a Noé, los restos del género humano fueron conservados. Después del diluvio, un grupo ya poderoso y numeroso se rebeló al construir la torre, y no se extinguió por la desmesura de su osadía sino que fue dispersado de manera admirable a fin de poder ser corregido. Luego, no cesando la perversión, así como Noé en tiempos del diluvio fue apartado en razón de la procreación, así lo fue Abraham para propagar la fe en medio de un desborde de vicios. El pueblo multiplicado a través de su descendencia fue manchado por contagio de los egipcios, y reconocado al culto de Dios no por la severidad de una condena sino a través de beneficios y signos. De nuevo en el desierto, haciendo dioses esculpidos, se alejan del verdadero creador. Entonces, como hombres recién creados o sin ley en su

corazón, la ley de Dios, escrita en lenguaje humano, se les transmite por mediación de Moisés.

Sin embargo, como la impiedad avanzara serpenteando, se agregó la predicación de los profetas, e interpuesta cierto tiempo la solicitud divina siempre en guardia, o les impide caer en el error o castigando moderadamente, pena a los que vivían en el error. Por último el creador del cielo, de la tierra y del hombre, como señor de una gran familia, después de enviar delante de sí a los servidores fieles, concedió graciosamente la venida de su poder, no despreciando asumir un cuerpo terrenal por la salvación de los hombres, y revistiendo al hombre mismo, pasando por la pasión y la muerte en la cruz, manifestó la plenitud de la ley y de la salvación.

Tú preguntas ¿por qué no vino antes? ¿Acaso no es claro que los últimos tiempos debieron ser retrasados y el fin diferido para más tarde, a fin de que la plenitud de los tiempos custodiase la plenitud de la justicia⁸³ y para que entre la enseñanza y el juicio ninguna destrucción, en tan largo tiempo, quitara aquello que la dignidad de Dios, por un gran favor, nos había brindado? En efecto, si Cristo hubiera venido en tiempos intermedios o en algún tiempo anterior, ya no sólo el menosprecio hubiera quitado la fe, sino que con el menosprecio el olvido también hubiera quitado la fe, y ninguna preocupación por la justicia afligiría los corazones de los hombres porque sería muy difícil creer en los ejemplos antiguos cuando apenas se daba fe de los ejemplos recientes. He aquí que las reliquias de su santo sepulcro contienen todavía los indicios de la cruz y de la muerte del Señor, y un lugar señalado por la multitud que estaba presente testimonia su ascensión al cielo después de haber visto su resurrección. Los vestigios de sus pasos están impresos en el suelo todavía hoy y las regiones purificadas por sus obras muestran ejemplos de sus poderes, y porque Cristo murió, muchos no lo estiman como Dios, o si es Dios, no creen que murió y que pudo resucitar después de morir, dado que delante de los demás la muerte prueba que es hombre y la resurrección, que es Dios. Además los hechos de la vida de los apóstoles aún subsisten y, casi como si estuvieran presentes, nos enseñan a seguir la norma de la justicia, porque aquello que leemos que hicieron mientras vivían, lo vemos con frecuencia cumplirse también ante las cenizas de los muertos. Apenas estamos impelidos por la proximidad del fin y por el temor de la inminencia del juicio a rendir culto a la divinidad después de haber abandonado los ídolos, y entre la primera venida de Cristo, que conocemos, y la segunda, que esperamos, estamos compelidos por una brevedad saludable y por el apremio de los tiempos a no admitir el olvido de los mandamientos ni

⁸³ Cf. *Ga* 4,4.

perder la esperanza de que vendrá la beatitud prometida. Ves entonces que fue necesario que la proximidad de la segunda venida en el fin de los siglos no permitiera que peligrara la fe y que el temor inminente del juicio exigiera respetar la justicia, sobre todo cuando estaba por traer lo mejor y lo más perfecto, y lo que es perfecto no puede ser sino lo último⁸⁴. Ved a cuántos su anterior venida habría salvado: pero aún en su segunda venida habría perdido más de los que perderá ahora, porque los encontraría ajenos a la fe, dado que a quien no sanen los remedios de tales curaciones, lo condenará el curso del juicio anunciado, y puede haber una misma posibilidad en desesperar de la eternidad conociendo a Dios a través de la ley sin querer su justicia, que haciendo lo que parece justo sin querer reconocer a Dios a través de la ley.

(Continuará)

⁸⁴ Cf. *1 Co* 13,10.